

# Más allá del pasamontañas: una mirada humana a la violencia política en el Perú

Beyond the Ski Mask: A Humane Approach to Political Violence in Peru

GIANLUCA FIORINI

*Pontificia Universidad Católica del Perú*

gianluca.fiorini@pucp.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0003-2497-7417>

---

## RESUMEN

*En medio de una coyuntura en que el Conflicto armado interno peruano es usado con fines políticos para generar discordia y polarización, se vuelve necesario revisar las fuentes históricas utilizadas para aproximarse a esta etapa. Carta al teniente Shogún es una narración autobiográfica del antropólogo Lurgio Gavilán, que aborda de manera profunda sus vivencias durante el Conflicto armado interno y surge como una fuente para hacer frente a aquella coyuntura problemática, pues antepone una mirada desde la humanidad y la empatía. Se trata de una obra en que la historia es analizada desde la fragilidad de las heridas abiertas. Atravesar las páginas de su libro dotan al lector interesado de la capacidad de analizar el conflicto armado interno desde una óptica más humana, matizada y, por tanto, precisa; además de invitar a reflexiones más profundas sobre la forma misma en que está configurada nuestra sociedad.*

*Palabras clave: conflicto armado interno, humanidad, matices, derechos humanos, sociedad, reconciliación*

## ABSTRACT

*In a context where Peru's internal armed conflict is used to promote political discord and polarization, it becomes necessary to review the historical sources*

**HISTORICA** XLV.2 (2021): 175-183 / e-ISSN 2223-375X



<https://doi.org/10.18800/historica.202102.006>

*used to assess that period. “Carta al teniente Shogún” (“Letter to Lieutenant Shogun”) is an autobiographical account by anthropologist Lurgio Gavilán, whose in-depth insight of his experiences addresses the internal armed conflict from a humanitarian and empathetic perspective. In his work, the scarring left by the confrontation is revisited in a more humane, nuanced, and, therefore, clearer light. More generally, it invites further reflection on the processes that originated Peruvian society as we know it.*

*Keywords: internal armed conflict, humanity, nuances, human rights, society, reconciliation*

En los últimos meses, el Conflicto Armado Interno ha estado presente de diversas maneras en nuestra sociedad. El debate político lo ha traído a colación innumerables veces, no siempre de manera justa, sino al servicio de determinados intereses que poco pretenden contribuir al tema. Frente a esta coyuntura, así como por la cercanía cronológica del conflicto y el impacto que hasta el día de hoy sigue teniendo en nuestra sociedad, conviene reflexionar acerca de las formas en las que nos aproximamos a él. Tomando en cuenta estos factores, se presenta como necesario la selección de fuentes históricas que aborden el hecho desde miradas más agudas y constructivas, que lo analicen desde la humanidad y la empatía. Es en este sentido que surgen obras como *Carta al teniente Shogún*, del autor Lurgio Gavilán.<sup>1</sup> Este no es un libro académico, y es importante que no lo sea, porque la forma mediante la cual se aproxima al conflicto no es exclusiva de la academia, sino que reside en una cualidad común, aunque más profunda: la humanidad.

Hay situaciones específicas en las que conviene retirarnos cualquier máscara que pudiéramos llevar, los títulos de investigador, académico, científico social, etc., con el fin de lograr llegar a aquel punto que a todos nos hace iguales. Este es un libro escrito sin máscaras, que nace desde lo más profundo del autor. Una obra que nos hace ver hacia donde nos duele, hacia donde preferiríamos tan solo imponer nuestra visión de los hechos antes de abrir conversaciones que nos pongan en contacto

<sup>1</sup> Gavilán 2019.

con el otro, aquel al que preferimos tildar solamente de enemigo. A lo largo de sus páginas, Gavilán intenta descomponer la historia, arrebatarle su cualidad académica y llegar hasta el tuétano de lo humano, logrando presentar una visión matizada, compleja y personal de lo que vivió en la década de 1980 durante aquel período al que él se refiere como «guerra», pero que también recibe otros nombres como «conflicto armado interno» o «terrorismo». Ni siquiera existe un consenso social acerca de cómo referirse la violencia vivida entre los años 1980 y 2000, lo cual es ya de por sí sintomático.

En su primer libro autobiográfico, *Memorias de un soldado desconocido*,<sup>2</sup> Gavilán había demostrado dicha capacidad para contar la historia de una manera distinta. Sin lugar a dudas, esta capacidad nace de las experiencias concretas que vivió durante la «guerra» sobre la que escribe. La experiencia de un niño reclutado por el grupo armado Sendero Luminoso, que vivió las privaciones del hambre, el frío, el dolor de la pérdida y que presenció en primera fila el horror. La experiencia del mismo niño salvado por un oficial desconocido del Ejército peruano, durante una emboscada en la cual fueron abatidos todos los otros miembros de su columna terrorista, y que pasa a ver en los cuarteles los abusos de sus superiores, la violencia sexual y otro tipo de violaciones a los derechos, además de la propia de un conflicto de dicha naturaleza. Y la experiencia de aquel mismo niño, ya transformado en joven, que vive una especie de conversión ignaciana, en la que suelta las armas para adoptar el hábito capuchino de los franciscanos, e inicia así un nuevo proceso que lo llevaría al camino de la academia universitaria, donde hasta estos días transita.

En *Carta al teniente Shogún*, Gavilán vuelve a aproximarse a los hechos en base a su experiencia. En esta ocasión, decide centrarse en aquel evento que marca su salida de las filas de Sendero Luminoso y su incorporación al Ejército. En medio de un enfrentamiento armado, el autor, siendo aún un niño, es rodeado por efectivos militares dispuestos a acabar con su vida. Tras asimilar la idea de la muerte, Gavilán escucha de pronto una voz de mando que ordena a los militares detener el fuego: el teniente

<sup>2</sup> Gavilán 2012.

Shogún, un militar del cual el autor solo conocerá su nombre de guerra, pero que en su corta vida se convertirá en una figura paterna con la cual crecerá en un mundo devastado por la violencia.

Un día, el teniente Shogún parte del cuartel y se despide del niño al que salvó. Nunca más volverían a verse, por lo cual Gavilán, siendo ya adulto, padre y catedrático, emprende la aventura de escribir esta larga epístola al teniente, en la que le cuenta acerca de su vida antes, durante y después de la «guerra», y donde menciona varios episodios que no figuran en *Memorias de un soldado desconocido*, los cuales nos permiten aproximarnos más al pasado del autor. Gavilán le cuenta a Shogún no solo sobre su vida, sino también sobre sus sentires. Trata de expresar lo que es ser niño y sentir el miedo de la muerte, lo que es ser hijo y sentir que te desprenden de tus raíces, ser adulto y no saber dónde encontrarse. ¿Un niño soldado o un soldado que fue arrancado de los brazos de la niñez? El punto es que Gavilán es aquella voz que se necesita escuchar, una voz que cuenta su historia sin miedo y habla, queriéndolo o no, de nuestro presente tanto como de nuestro pasado.

El lector hábil y conectado con la coyuntura nacional no podrá pasar por las páginas de este libro sin sentir un cosquilleo, una suerte de reconocer en sus páginas lo que se ve en las noticias. Como ha sido mencionado líneas arriba, aún no nos hemos podido encontrar como sociedad de manera correcta con la violencia vivida entre los años 1980 y 2000. De nuevo, el mismo hecho de que no haya un consenso sobre cómo nombrar a dicho proceso es algo sintomático. La Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR), el ente encargado de buscar la verdad tras el conflicto, no ha logrado ni siquiera ser reconocida por la totalidad de los peruanos, y hay más de un grupo quienes la usan enteramente a su conveniencia, dando espacio a una infinidad de lecturas disidentes que no buscan generar ningún aporte al entendimiento de lo sucedido. A esto, hay que agregarle que hay aún una parte de la población que siente que su versión de los hechos no ha sido contada de manera apropiada en la CVR. Viendo más allá incluso, fuera del informe final, el período de violencia es tratado y manipulado de diversas maneras, según convenga a quien lo empuñe, y eso queda demostrado, por ejemplo, a la hora de

escuchar a políticos de distintas agrupaciones acusando falsamente a otros de haber mantenido algún tipo de adhesión con agrupaciones terroristas mediante la práctica del *terruqueo*,<sup>3</sup> tan extendida en últimas fechas. La estigmatización del otro por medio de esta práctica no es un hecho menor, como lo sostiene el historiador Carlos Aguirre, sino que constituyó parte central en el proceso de violencia que condujo a un clima de autoritarismo y violación de derechos humanos.<sup>4</sup> Al día de hoy, el conflicto no nos es ajeno, no lo hemos dejado en el pasado, porque vuelve siempre y está presente en nuestro día a día. Más allá de los informes finales, en las mentes de los peruanos de a pie, todas las verdades no han logrado ser reunidas aún para formar una memoria común.

Es en este sentido que el testimonio de Gavilán se vuelve indispensable. A la hora de pensar y hablar sobre el período de violencia, cada cual lo hace desde su propio bando, desde su propia realidad y perspectiva, y, peor aún, habla y piensa haciendo del otro un monstruo, un degenerado, un enemigo, una suerte de antipatria. Esta visión poco matizada de los eventos puede responder a uno de los vacíos observados en el informe final de la CVR: la ausencia de testimonios de aquellos considerados victimarios, lo cual deviene en el hecho de ignorar la gran complejidad de acontecimientos que pueden haber llevado a alguien a encontrarse en alguno de los bandos que sellaron su accionar con el odio y la crueldad, como lo son los acontecimientos narrados por Gavilán, por ejemplo.<sup>5</sup> *Carta al teniente Shogún* es la perfecta antítesis a este modo de razonar. El senderista en cuestión no es ya un diablo, sino un niño que sufre, que llora, que siente y que pierde; de igual manera, el soldado no es aquella bestia insensible y violenta, sino que es alguien con miedo, con otros anhelos, ahogado en el pesimismo de su propio entorno y que, si pudiese optar dónde quisiera estar, elegiría seguramente cualquier lugar que no sean aquellos páramos devastados por la violencia.

<sup>3</sup> Acusar falsamente a alguien mantener afinidad, adhesión o pertenecer a agrupaciones terroristas con el fin de conseguir su estigmatización y poder anular su voz del debate (definición propia).

<sup>4</sup> Aguirre 2011.

<sup>5</sup> Igue 2005.

Esto no significa, desde luego, la anulación de la justicia, ni mucho menos. La violencia fue planificada y estructural; y hay personajes que tienen cuentas que pagar. La deconstrucción de dicha «otredad monstruosa» es algo que debe operar a un nivel más profundo que la justicia legal, es un proceso interno por el que los peruanos deberíamos pasar, y al cual esta lectura contribuye. Este proceso, que incluso encaja dentro de la reconciliación a la que hace referencia el mismo nombre de la CVR, es una empresa arriesgada. En su libro *No soy tu cholo*, el escritor y periodista Marco Avilés lanza la afirmación de que la ciudad de Lima es una sociedad de posguerra, haciendo referencia a la «guerra civil» que vivimos a finales del siglo pasado.<sup>6</sup> Entre todos los peruanos se han levantado murallas: vivimos tratando de protegernos del otro, con el trauma de lo que nos podemos llegar a hacer. La reconciliación, ese deber generacional, se convierte en una tarea pendiente de encuentro y construcción común.

Al pensar en el período de violencia que va del año 1980 al 2000 no podemos limitarnos tan solo a esos veinte años para comprenderlo, porque sus causas, así como muchas de las preguntas que puedan formularse a partir de este, no residen en esos años, sino que algunas deben ser tan antiguas que se encuentren incluso en el origen mismo de la formación del concepto de «Perú». A través de su libro, Gavilán nos aproxima a su realidad antes del estallido de la violencia. Nos muestra la ausencia y el abandono del Estado frente a una porción de peruanos, así como extractos de la historia de explotación y sometimiento de la población bajo el gamonalismo. Él da testimonio de primera mano de aquello que años después la CVR recogería y señalaría como causas estructurales del conflicto. Ya en 1993, Mario Vargas Llosa había escrito en su libro autobiográfico, *El pez en el agua*, que «El Perú no es un país, sino varios, conviviendo en la desconfianza y la ignorancia recíprocas»,<sup>7</sup> y es aquella realidad la que ha dado forma a la sociedad (o intento de sociedad) que vio nacer la violencia, y que también es la que conocemos hoy en día.

<sup>6</sup> Avilés 2017.

<sup>7</sup> Vargas Llosa 1993: 236.

El valor de la obra de Gavilán como fuente histórica se potencia por varias de los ángulos desde los que narra y reflexiona en torno a esa sociedad. En primer lugar, el pasado no es asumido como una consecución de eventos fríos que van siendo narrados desde la seguridad, sino que se leen con los sentimientos y emociones que atravesaron a los protagonistas de los hechos, lo que brinda mayor capacidad de humanidad a los análisis sobre el período. En segundo lugar, Gavilán le aporta matices a aquello sobre lo que automáticamente tendemos a imponer una estigmatización que demoniza, lo cual permite al investigador que su análisis responda mejor a la complejidad de los hechos. Por poner un ejemplo, en las páginas del libro, el autor narra su paso por las columnas de Sendero Luminoso. Frente a ello, la reacción automática sería la estigmatización de Gavilán como terrorista y probablemente la invalidación de su testimonio, como nos haría pensar José Luis Igue;<sup>8</sup> sin embargo, a través de *Carta al teniente Shogún*, se descubre una realidad mucho más compleja que termina colocando al autor en determinada posición. Tomar conciencia de aquellos matices enriquecen la comprensión que podemos tener sobre la historia y contribuye a pensar mejor el presente. Por último, en esta misma línea, la obra en cuestión cobra valor como fuente histórica, puesto que nos permite aproximarnos al período de violencia desde un ángulo mucho más amplio, ver a este no solo como un enfrentamiento entre Sendero Luminoso y el Estado peruano, sino como dos maneras distintas de entender al Perú y relacionarse con el otro. Quedará a la ambición de futuros investigadores indagar qué tan profundo es el origen de la violencia vivida en las últimas dos décadas del siglo pasado, así como qué tanto se relacionan con otros conflictos sociales que se vivieron y que se siguen viviendo en el país.

Durante todo este tiempo, los peruanos no hemos sabido aún como encontrarnos los unos con los otros. Un análisis de lo que fue el proceso electoral del 2021 puede dar fe de que somos un país que aún no logra crear discursos comunes, en donde hay quienes buscan siempre suprimir al otro, invisibilizarlo. Este enfrentamiento entre peruanos es el que

<sup>8</sup> Igue 2005.

presenta *Carta al teniente Shogún*; pero si miramos hacia atrás en las producciones literarias nacionales, podremos observar aquel mismo enfrentamiento en sus respectivos espacios temporales. Pueden venir a nuestra mente los nombres de José María Arguedas con el *Sueño del pongo*,<sup>9</sup> Manuel Scorza con *Redoble por Rancas*,<sup>10</sup> u Oswaldo Reynoso con *En octubre no hay milagros*.<sup>11</sup> Desde esta perspectiva, podríamos dejar de ver el período de conflicto que se dio entre 1980 al 2000 como un hecho aislado, porque en realidad somos un país en conflicto; un conflicto que, como dos placas tectónicas en fricción, tiene estallidos de menor o de mayor grado, pero que siempre están latentes, enfrentando a un bando contra otro. En este sentido, la obra de Gavilán constituye un muy valioso material para aproximarnos a nuestra sociedad desde aquella premisa.

Lurgio Gavilán escribió *Carta al teniente Shogún* con la esperanza de encontrar a Shogún y de paso, queriéndolo o no, se encontró un poco más a sí mismo. Al escribir este libro, quizá tuvo que volver espiritualmente a sus heridas, a sus pérdidas, a los lugares en los que fue feliz y a los que le hicieron conocer el terror. Gavilán se encontró y se enfrentó con la historia y, tras ello, esboza un mensaje final con miras a un futuro frente al que, pese a todo, se muestra optimista. Pero para construir dicho futuro necesitamos ser capaces de mirar conjuntamente hacia el pasado; sin callar, sin silenciar y sin olvidar, parafraseando un poco al mismo autor. Solo de esta forma se podrá construir un nuevo futuro en el Perú que sea realmente de todos. Para él, este texto está escrito para encontrar a Shogún, pero para el resto de peruanos, es un libro que también nos ayuda a encontrarnos entre nosotros.

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- Aguirre, Carlos. 2011. «Terruco de m... Insulto y estigma en la guerra sucia peruana». *Histórica*. Volumen 35, número 1: 103-139.
- Arguedas, José María. 1965. *El sueño del pongo*. Lima: Ediciones Salqantay.

<sup>9</sup> Arguedas 1965.

<sup>10</sup> Scorza 2020.

<sup>11</sup> Reynoso 2018.



- Avilés, Marco. 2017. *No soy tu cholo*. Lima: Debate.
- Gavilán, Lurgio. 2012. *Memorias de un soldado desconocido*. Segunda edición. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Gavilán, Lurgio. 2019. *Carta al teniente Shogún*. Lima: Debate.
- Igue, José Luis. 2005. «Los silencios del gran relato». *Histórica*. Volumen 29, número 1: 151-161.
- Reynoso, Oswaldo. 2018. *En octubre no hay milagros*. Lima: Alfaguara.
- Scorza, Manuel. 2020. *Redoble por Rancas*. Lima: Alfaguara.
- Vargas Llosa, Mario. 1993. *El pez en el agua*. Lima: Alfaguara.

Recibido: 30/XI/2021

Aceptado: 15/I/2022